

El horror y el amor en tiempos de cólera

Por Pablo Ingberg

La reciente salida a la luz pública de focos de hantavirus repite, con otro nombre, sucesos que jalonan la historia: el fantasma de la peste, el fantasma de la muerte, el terror generalizado, el desbande irracional, el quiebre de las relaciones sociales.

En 1832 se produjo en Provenza una epidemia de cólera que causó estragos en el número de la población y, como sucede en tales casos, en el alma de los sobrevivientes. Entre los muertos se contaba un húsar piamontés que, por pertenecer a una sociedad secreta que luchaba por la libertad de su patria, había tenido que salir de ella en un exilio temporario que terminó siendo definitivo. El destino, con todo, le ofreció una cierta reparación: uno de sus descendientes, Jean Giono (Provenza, 1895-1970), se propuso homenajearlo, y el resultado se llama *El húsar sobre el tejado* (1951), una de las grandes novelas francesas del siglo XX.

¿Qué hizo Giono? No se dedicó a retratar o denunciar las calamidades, camino tan fácil como poco artístico, sino a configurar, en un estilo austero, indirecto, reticente, un mundo regido por el cólera; como si dijera: una peste es todas las pestes. Ese mundo se parece demasiado al infierno; como si agregara: el cólera no es sino un nombre que adquiere en determinado momento una enfermedad mucho más profunda y generalizada.

Todo comienza con un jinete que cabalga a través de una comarca aplastada por un calor agobiante y fuera de lo común. El sol es blanco y el cielo y la tierra parecen de yeso. El camino y las casas que encuentra el jinete abundan en cadáveres crispados, comidos por cuervos, ratas y perros. Muchas páginas y cadáveres han pasado cuando aparece por primera vez la palabra cólera. Las rutas van siendo cerradas por soldados que también morirán, no sin antes detener a quienes intenten escapar y mandarlos a cuarentenas donde habrán de morir. En ese infierno el miedo cunde, y con él el egoísmo y la rapiña. Con alguna excepción: un médico que asiste a los agonizantes y cuyo máximo objetivo es salvar al menos a uno. Morirá sin haberlo conseguido, pero dejando una huella profunda en el protagonista, Angelo, nombre que en semejante contexto no puede ser casual.

Mucho habrá que leer para enterarse poco a poco de que Angelo es un carbonario piamontés, que ha debido exiliarse por haber matado en duelo (cuando podría haber mandado a asesinar) a un espía austríaco, problema judicial que su madre, noble y rica, está tratando de solucionar. Es ella quien le compró un cargo de coronel de húsares a este bello y caballeresco joven de veinticinco años.

A mitad de la novela, Angelo encuentra compañera de huida en una no menos bella e intrépida joven, una de las pocas que le había prestado ayuda en medio del horror, cuando él había tenido que refugiarse en los tejados para salvarse de un seguro linchamiento (el pánico y la locura colectiva no son menos asesinos que el cólera). A partir de allí, todo cambia. Angelo, que hasta entonces trataba de ayudar y salvar a todo el mundo, sólo se ocupará de ella. También tendrán que pasar muchas páginas hasta que ella mencione al pasar a su marido, y habrá que llegar casi al final para saber que se casó sumamente enamorada con un hombre cuarenta años mayor, marqués y aventurero. De una punta a la otra del camino se desarrolla una historia de amor reticente, llena de mutuos cuidados pero sin ningún contacto, excepto cuando, casi al final, él debe aplicar en ella la lección aprendida del médico rural para curarla: desnudo y fricción con alcohol para evitar la cianosis. Finalmente, él partirá feliz rumbo a Italia tras haberla dejado a salvo en su castillo.

Poco antes del final, un médico retirado y solitario les ofrece refugio de la lluvia, comida y su versión del estado de las cosas: “Tenemos una epidemia de miedo”; “Se muere, literalmente, de egoísmo”; “El cólera... no se transmite por contagio, sino por proselitismo”.

Los dos médicos enmarcan el relato. Uno, desde la práctica, con su entrega abnegada hasta la muerte. El otro, desde su retiro, en una zona no afectada por el mal, interpretándolo e interpretando al mismo tiempo la novela.

¿Qué será un húsar sobre el tejado? ¿Un ave mitológica? ¿Una botella de vinagre? Por las dudas de que cualquier espectador potencial pudiera caer en semejante desconcierto, la versión cinematográfica de la novela de Giono, actualmente disponible en video, lleva por título en el mercado local *El jinete en el tejado*.

Jean-Paul Rappeneau, director y co-guionista, declaró que la mayor dificultad radicaba en esa historia de amor no declarado. ¿Hasta qué punto puede el público aceptar que dos jóvenes bellos se cuiden mutuamente y se atiendan y den muestras veladas de gustarse sin declaraciones de amor ni sexo explícito? No sólo los traductores de títulos subestiman al espectador.

Reconozcamos que la película, aunque nada excepcional, es mucho mejor que tantas otras que uno puede ver apoltronado en su casa un fin de semana. No era fácil poner ante los ojos tantos cadáveres, y es ése el detalle que mejor supera estéticamente. Pero no hace honor a la novela; no porque no haya respetado la historia (de hecho no lo hace) sino porque quitó relieve a los personajes y dimensión metafísica a la enfermedad.

Agregó al principio una trama policial al uso: Angelo no atraviesa un infierno en la tierra sino que es perseguido por espías austríacos. Era de esperar que la primera parte de la novela fuera la más reducida y condensada para ampliar el espacio co-protagónico de Juliette Binoche (¡quién no querría curarla como el muchachito sobre el final!). Lo que no era de esperar es que desaprovechara varios diálogos agudos (por ejemplo las palabras del ex-médico citadas más arriba). Ni que hiciera a ella más convencionalmente femenina (miedosa, desubicadamente impulsiva) y a él más convencionalmente masculino (esencialmente práctico, siempre razonante). Ni tampoco que inventara discusiones entre ellos para salpimentar de convencionalismo la “historia de amor”, que los pusiera a diez centímetros de un beso desviado en caricias, y sobre todo que al final tuviera que aparecer el marido de ella en el ridículo papel de motivo concreto para la separación de los jóvenes, y que, guinda de la torta, ella siguiera recordándolo enamorada, escribiéndole cartas y esperando que volviera a buscarla para irse con él.

Los médicos, tan importantes en la estructura de la novela, no gozan de buen *rating* en la película. El primero no aparece más que lo necesario para enseñar a Angelo el método de curación conocido en la época, tan poco exitoso. El segundo no existe, quizá porque su interpretación del mal excedía el relieve de la película.

Buñuel, otro especialista en reticencias, estuvo interesado en llevar esta novela a la pantalla en los años cincuenta, proyecto que entusiasmaba a Giono. Sería interesante saber cuál sería su entusiasmo si pudiera ver la versión de Rappeneau. Hay un virus peligroso en las pantallas: se llama desconfianza en la imaginación. De todos modos, hasta en la película hay un leve atisbo de lo que la novela lleva a pensar: hay un virus en los virus; se llama terror, y suele llevar al infierno. Desafíos de siempre para el arte de curar los cuerpos y las almas.